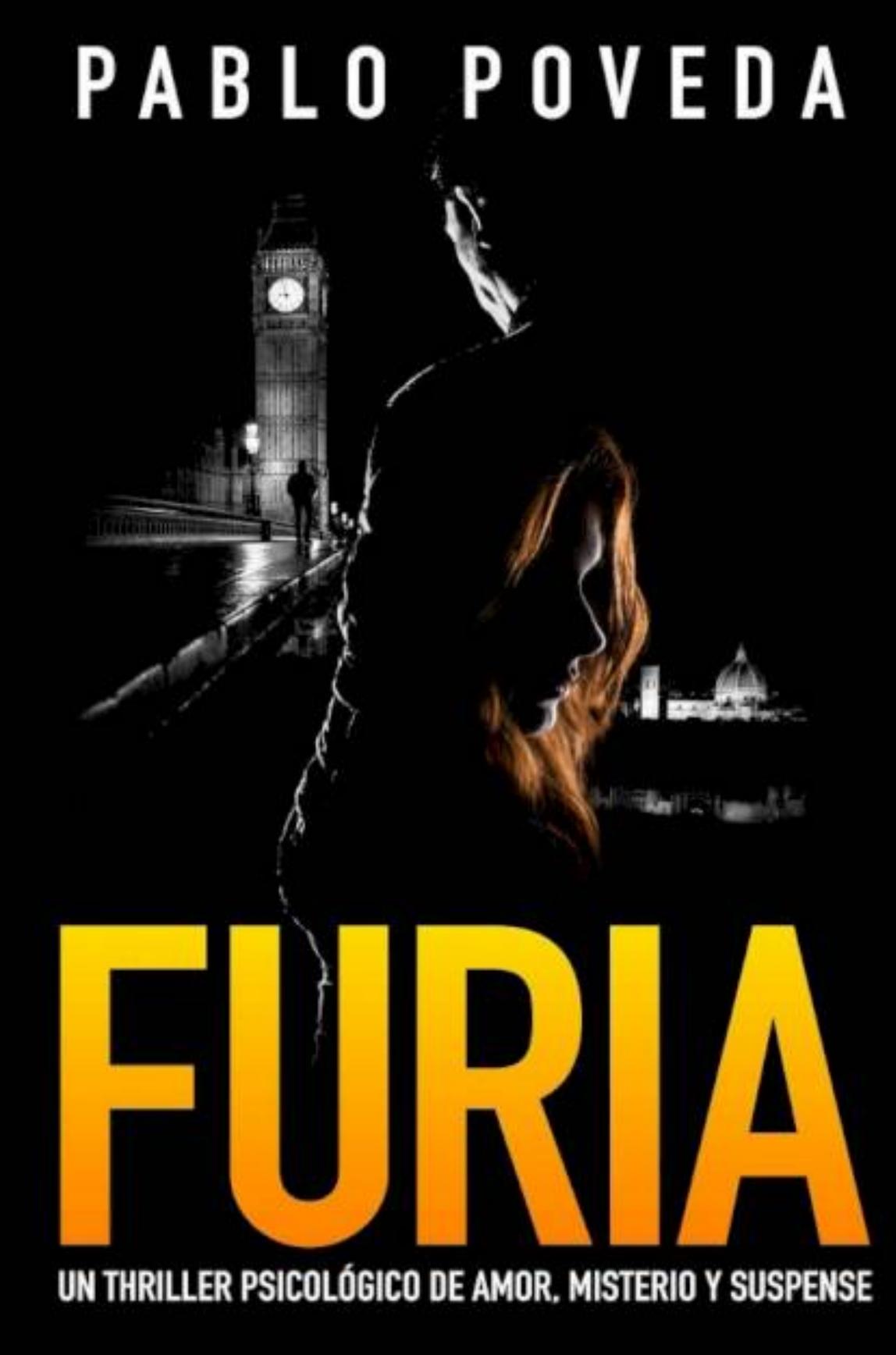


PABLO POVEDA



FURIA

UN THRILLER PSICOLÓGICO DE AMOR, MISTERIO Y SUSPENSE

Una misteriosa organización está dispuesta a arruinarle la vida si no trabaja para ellos. El lujo, el estudio, su relación con Marlena...

Si no accede, le quitarán todo lo que más quiere.

Tres días para tomar una decisión.

Para él, la venganza es su única opción.

Furia es la historia en la que el destino del arquitecto cambia para siempre.

*La razón trata de decidir lo que es justo.
La cólera trata de que sea justo todo lo que ella ha decidido.
—Séneca.*

CAPÍTULO UNO

Barrio de Salamanca (Madrid)

22 de mayo de 2016

Sintió un sudor frío en el pecho bajo la camisa. Allí, en la entrada del edificio de su domicilio, se detuvo por un instante. El cielo se había encapotado, como en una película de terror, y una fina lluvia mojaba los cristales de los vehículos aparcados. Todo había sucedido demasiado rápido, tanto que aún podía sentir el aliento de Baumann, siempre único y diferente como el de cada víctima, clamando piedad por su vida. Un error, pensó, eso era lo que había cometido, un grave error, pero... ¿Cuál? Las fotografías de sus víctimas, encontradas bajo el sofá como un regalo, mostraban que le habían seguido, siempre un paso por detrás, o quizá por delante; siempre moviéndose como una sombra, disfrutando del espectáculo y sin intenciones de pararle los pies.

Barcelona, Riga, Berlín, Ginebra.

No se explicaba cómo había sido incapaz de darse cuenta de que le observaban. Era casi imposible. Había cumplido con el protocolo durante todos esos años. Tal vez, el exceso de confianza le había hecho un flaco favor. Quienquiera que fuese el hombre que le había hablado por el teléfono, estaba seguro de que no se había tirado un farol. Ahora, la voz estaba allí, a escasos metros de él, en el interior de un coche negro alemán que giraba la calle. Para

variar, el arquitecto no pudo obviar pensar en ella, en Marlena. Después de todo, era lo único que le importaba a esas alturas. Aunque todavía guardaba el regusto amargo de la desastrosa cena, apostaba por ella y por el amor de la ingeniera. Por una santa vez, tras una larga y tediosa espera, había hecho públicos sus sentimientos frente a esa mujer y ella le había correspondido. Sin embargo, de conocer la verdad sobre su pasado, todo se iría al infierno y la perdería para siempre. Puede que el azar no estuviera ya de su lado, que la hora de pagar sus pecados hubiera llegado ese día. Pero, en ese instante, todo le importaba un carajo, excepto ella.

Los segundos se estiraron como goma de mascar en su mente. Por la ventanilla del conductor atisbó a un hombre grueso con papada y gafas con las lentes tintadas de amarillo. Los cristales traseros eran opacos como la tenebrosa voz que se ocultaba tras ellos. Las gotas de lluvia tomaban fuerza y tamaño cayendo sobre los hombros de su abrigo.

El coche se detuvo en medio de la calle sin intenciones de esperar demasiado. Don inhaló con fuerza el aire húmedo que le envolvía y dio el primer paso. Debía ser cauto y no forzar la situación. En ocasiones, la alternativa no existe y no hay otro remedio que el de enfrentarse a los propios demonios de la vida, arriesgándose a desaparecer con ellos en las tinieblas. Para Don, ese momento estaba allí, frente a su puerta.

Con paso firme y decidido, echó a andar hacia el vehículo. Hablar, pensó, eso sería todo. Una conversación, rostros a los que perseguir. Si estaban allí para chantajearle, se habían equivocado de persona. Puede que conocieran lo que hacía, al menos, lo que podían ver con sus ojos, pero desconocían por completo al monstruo interior que habitaba en él. Su mayor temor, despertar a la bestia que tantos años había logrado mantener dormida.

A escasos centímetros del vehículo, se oyó cómo el cierre de seguridad se liberaba. Don miró a su alrededor, pero no encontró más que a vecinos anónimos que acudían a sus puestos de trabajo odiosos mientras el resto dormía, sumidos en auriculares o pantallas móviles. Era domingo. La calle solía estar tranquila a esas horas. Nadie se daría cuenta de aquello y, por tanto, el encuentro jamás habría existido.

Puso los dedos en la manilla y tiró hacia él. Un agradable olor a tapicería de cuero recién estrenada llegó a sus sentidos. En efecto, lo primero que vio fue el color vainilla del interior del vehículo y sus acabados de madera. Desde el exterior, sólo contempló las piernas de un hombre vestido de traje que había al otro extremo. Será él, pensó, el desconocido de la llamada.

Volvió a mirar a su alrededor sin éxito y se introdujo en el sedán.

Junto a él, en la parte trasera, un hombre de cabello canoso y peinado hacia atrás le observaba. Tenía el rostro alargado y estrecho, recién afeitado. Los ojos claros, ocultos bajo unas gafas de pasta negra cuadradas, le hacían parecer más cercano, pero ese era su juego. Ávido, le dio un vistazo de arriba abajo y esbozó una mueca interior. Era el típico hombre de negocios del que nadie jamás sospecharía, ni siquiera él. Vestido de traje azul oscuro para la ocasión, se desabotonó la americana para mostrar el chaleco que llevaba debajo. El arquitecto supuso que era delgado, aunque sus brazos parecían fuertes.

En un forcejeo, tendría problemas para deshacerse de él.

—Póngase cómodo, Donoso —dijo el hombre estudiando atentamente los movimientos de su invitado—. Le agradezco que no haya puesto las cosas más difíciles.

De pronto, un tercer individuo se introdujo en el vehículo por la parte delantera. El ligero olor a cigarrillos se mezcló con el ambientador del coche. Posiblemente, ese tipo

le habría estado observando incluso antes de que llegara el automóvil. Se preguntó cuántos más como él habría siguiendo sus pasos.

—¿A dónde me llevan? —Preguntó Don cuando notó que el coche se ponía en movimiento.

—Relájese y escuche con atención —contestó con voz grave y confiada—. Es hora de cerrar un capítulo de su vida... para comenzar otro nuevo.

La capital despertaba perezosa bajo una lluvia que parecía no ser más que el llanto de una nube pasajera. Viajaron en silencio durante unos segundos mientras Don se preguntaba, sin cese, cómo había llegado hasta allí. Con aquellos tres hombres en el interior, poco tenía que hacer. En el mejor de los casos, sólo el chófer iría desarmado, suponiendo que no era uno más del grupo. Tenía todas las apuestas contra él y las caras de esos tipos eran totalmente desconocidas. El vehículo se incorporó a la calle Príncipe de Vergara y callejeó por el interior del burgués barrio de Salamanca para alcanzar el paseo de la Castellana. Los rayos primerizos de la mañana brillaban en las fachadas impolutas de no más de cuatro plantas, luciendo el señorío de los balcones de la calle de Ayala.

Fuera lo que fuere que le deparaba el destino, echaría de menos todo ese entorno.

Para el arquitecto, existían tantos espectros de Madrid como uno deseara imaginar. Desde su ventanilla, observó a los que vivían en el barrio, el talante que mostraban a la hora de vestir, de moverse, algo que le había llevado años de aprendizaje y modelaje, haciéndole sentir un completo intruso durante mucho tiempo entre sus vecinos. Sus orígenes eran otros, bastante más humildes. En todo momento fue consciente de que la gracia era algo divino de casta y que, aunque se podía imitar, necesitaba años para ser

creíble. Quizá esa era la respuesta a su pregunta, la razón por la que estaba dentro de ese coche.

Sin olvidar por qué habían arruinado su mañana de domingo, se frotó las manos y escuchó el chasquido de la lengua de su acompañante.

—Imagino que se estará preguntando muchas cosas — inició con calma—, quiénes somos, qué hace aquí, cómo conocemos su historia, su nombre, el origen de las fotografías... Preguntas que, llegado el momento, tendrán su respuesta... o tal vez no. Eso lo decidiremos nosotros. También supongo que se estará rasgando las vestiduras en este momento al escuchar mi voz, después de creer toda una vida que su destino era otro. Como ya le he dicho por teléfono, el mundo es muy pequeño, señor Donoso.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—A usted, Donoso —dijo el hombre—. Le queremos a usted. Queremos que trabaje para nosotros.

—Yo no trabajo para nadie. Si cree que puede asustarme con sus...

—Todavía no es consciente de la magnitud del problema que tiene, ¿verdad? —Respondió el hombre y el coche se incorporó al paseo de la Castellana. Conducir a esas horas por la gran avenida era todo un placer, sin coches ni tráfico. Madrid despertaba más tranquila de lo normal—. Si yo fuera usted, mediría el lenguaje. Estamos dispuestos a destruirle la vida en cualquier momento, sin dilación alguna... Recuerde que usted tiene mucho que perder y nosotros... nada.

Las palabras se colaban por sus oídos como cal viva. La cabeza le ardía y hacía esfuerzos por evitar mostrar el temblor de su pierna derecha. Estaba nervioso, desquiciado, pero sucumbir a la presión del momento no haría más que agravar su situación.

—Creen que saben algo, pero no saben nada de mí.

—Créame, Donoso... —comentó el hombre harto de la insolencia del arquitecto—. Lo sabemos todo, incluso lo de

su padre. Si todo este tiempo cree que ha salido impune por un golpe de suerte, temo decirle que hemos sido nosotros su azar.

Ese hombre le estaba sacando de sus casillas. Desconocía a dónde se dirigían, pero estaba seguro de que no le iban a hacer daño. Podía sentirlo. Don sopló y volvió a frotarse las manos.

—¿Qué clase de trabajo es ese?

—Veo que empieza a entrar en razón. Necesitamos que neutralice a un hombre.

—¿Me toma el pelo? —Preguntó sorprendido—. No soy ningún asesino a sueldo. No mato a la gente.

—Una verdad a medias —intervino el tipo—. Es un asesino en serie, eso es lo que es usted, aunque nunca le hayan pagado por ello. Lo suyo es matar, completar su obra de arte. Imagine que ahora sí le pagaran, y con la garantía de que nadie se enteraría de ello.

—¿Para quién trabajan?

—¿Para quién no? —Respondió desafiante—. Ya le he dicho que las preguntas las hacemos nosotros.

El desconocido utilizaba el plural para dar énfasis a la organización a la que representaba, a pesar de que quedara claro que él era el cabecilla del grupo.

—Se equivocan de persona, yo no actúo sin criterio. Sólo lo hago pagar a quien se lo merece.

—Actuar, matar, llámelo como quiera. Nadie se venga de ese modo, no, tantas veces. Su problema es otro: su enfermedad. Y nosotros tenemos la cura para usted.

—Está perdiendo el tiempo.

—No, lo está perdiendo usted, Donoso —respondió con cierta crispación en su tono de voz—, y su tiempo se acaba. Si no accede a colaborar, me temo que no me dejará alternativa.

—¿Y qué va a hacer? —Preguntó el arquitecto desafiante. Por la ventana observaba un gran parque de árboles—. ¿Matarme?

—Sigue siendo un vulgar necio sin modales —replicó el otro—. Escuche con atención, no se lo volveré a repetir, estamos dispuestos a hundirle la vida en la mierda más profunda si no accede. Nos encargaremos de que su cara quede tatuada a fuego en la memoria de todos los españoles y, en especial, de esa mujer... Esté seguro de que se lo quitarán todo... la casa, el estudio, la fortuna... Todo. Se convertirá en el paria que siempre ha sido, de por vida. Pasará el resto de sus días entre rejas y, si logra sobrevivir y continúa con ganas de respirar, nos aseguraremos de que su calvario se prolongue hasta que termine colgado de un roble en la Casa de Campo.

Por un momento, pensó que el corazón se le había parado.

Las palabras llegaban como misiles a su plexo solar. Tenía el estómago apretado y no podía albergar más ansiedad en su cuerpo. Necesitaba un trago, una raya, un respiro para no abalanzarse sobre ese hombre y estrangularlo allí mismo, con sus propias manos. Si no hubiera sido por las fotos, jamás habría creído lo que le estaban diciendo, pero no había vuelta atrás. Esos hombres trabajaban para alguien que hablaba desde los hechos, desde la verdad única y universal. Tenían las pruebas suficientes para echar por tierra su proyecto de vida. Toda una maldita vida. Un paso en falso y lo alejarían de Marlena para siempre. Al pensar en ella, sintió una punzada en el pecho y se agarró al cinturón de seguridad. Se habían asegurado de tenerlo todo bien atado y, ahora, Don no podía soltarse.

Le faltaba el aire.

La presencia de aquel tipo se hacía más y más grande.

Su corazón bombeaba como si intentara atravesarle los huesos.

—¿De cuánto tiempo dispongo? —Preguntó empalidecido. El hombre giró el rostro y esbozó una mueca.

—¿Se encuentra bien? Está pálido —contestó con mofa. Se escuchó una ligera risa procedente de la parte delantera

—. Cuatro días. Tiene cuatro días para darnos una respuesta.

—¿Cómo contactaré? —Dijo en un último soplo. A pesar de su estado, mantenía la fe. Tres días daban para muchos acontecimientos. Necesitaba asegurarse por dónde empezar su búsqueda.

—Nosotros lo haremos —respondió el tipo arruinándole el pensamiento. Sin darse cuenta, el cóctel de emociones había distorsionado su concepción del tiempo. Para su sorpresa, no tardó en reconocer, de nuevo, las fachadas del barrio en el que vivía y descubrió que estaban regresando a su casa—. Le aconsejo que no haga ninguna tontería, ni intente planes desesperados o artimañas de las tuyas con tal de sacarnos ventaja, porque no lo hará. Sólo empeorará las cosas. Así que piénselo, actúe con normalidad y recuerde que la suerte nunca ha estado de su parte... Siempre hemos sido nosotros.

CAPÍTULO DOS

No podía disimular su expresión corporal, por mucho que deseara pasar desapercibido. Los músculos de la cara se le habían encogido. Su rostro blanquecino despertaba la curiosidad de los que caminaban en dirección contraria a él.

El barrio estaba despierto, las mesas de los bares ocupaban las terrazas de la calzada y las parejas de enamorados paseaban de la mano para disfrutar del sol dominical. Había vuelto a despejarse el cielo, a salir el sol y todo pronosticaba que sería un domingo de ensueño. No obstante, lo que parecía una estampa primaveral y castiza, llena de color y energía, no lo era para el arquitecto, que caminaba hacia su domicilio tras haberse apeado del coche. Después de contemplar cómo el vehículo se perdía a lo lejos por el final de la calle, la voz de aquel hombre todavía resonaba en su cabeza. De pronto, levantó su mano a la altura del esternón y sintió los latidos del corazón golpeando la puerta de su pecho. No era miedo lo que arrastraba. Tampoco era el odio lo que le hacía bombear así. Una extraña sensación, poco habitual en él y, afortunadamente, casi desconocida: furia. Mientras la lengua coloquial hablaba de ésta como un mero enojo, para Don significaba algo más que eso. Los romanos habían llamado Furias a las diosas violentas engendradas con la sangre de los testículos de Urano, dos temibles criaturas capaces de enloquecer al propio Zeus. Para el arquitecto, aquella historia mitológica tenía sentido. Enfurecer, en el máximo esplendor de la expresión, era lo que había evitado durante tanto tiempo a través de sus actos, sus

cambios de personalidad, de profesión e incluso de apariencia. Un trabajo de artesano al que había dedicado toda una existencia y que estaba a punto de convertirse en pedazos a causa del infortunio. Lo que menos le preocupaba era perder todo lo que había conseguido. Después de todo, lo material carecía de sentido para él. Sin embargo, temía perder a Marlena. Temía que, a causa de un descontrolado y frenético ataque, perdiera la cordura y se convirtiera en alguien totalmente irreconocible para ella.

Tres días. Eso era todo lo que tenía en sus manos para encontrar el modo de salir airoso. Si es que existía.

Frente a la puerta del edificio, encontró su reflejo en el cristal que había tras la reja negra. Tenía el cabello despeinado a causa del temporal matutino, bolsas en los ojos y un semblante cadavérico. A diferencia de la mente, el cuerpo no tardaba en manifestar los excesos que el propio dueño era capaz de darle. Demasiados viajes en pocos días, largas horas de coche, cortas noches de sueño y una fatídica visita inesperada que le ponía en jaque por momentos.

Se meció el pelo, introdujo la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un juego de llaves metálicas. Después abrió la puerta.

Antes de subir el escalón de la entrada, un pequeño gorrion se posó sobre el bordillo. Era pequeño, redondo y tenía las plumas de color marrón. Don observó al pajarillo cómo cantaba, libre y sin miedo ante la presencia humana del arquitecto. En un lapso, se imaginó a sí mismo agarrándolo con la mano y apretando el puño con fuerza hasta ahogarlo.

Así se sentía él en esos momentos.

Confundido, meneó la cabeza para olvidar el desagradable pensamiento y comprobó que el ave ya se había marchado.

No era su mejor momento, aunque el peor todavía estaba por llegar.

Cuando cruzó el umbral de su apartamento, nada de lo que había frente a sus ojos volvía a ser como lo había sido antes: el sofá, las cortinas blancas de tela, la televisión de pantalla plana, la cadena de música, su colección de discos de música clásica, la estantería de libros... El único refugio en el que se sentía recogido tras una jornada de trabajo, tras una actuación temeraria o un desencuentro con la vida, ahora, se había convertido en un lugar extraño, aséptico y sospechoso. Habitar entre aquellas cuatro paredes no sería lo mismo.

Cerró de un golpe y pasó el seguro de la puerta. Después caminó con sigilo hasta las habitaciones y se aseguró de que no hubiera nadie, al menos, esperando allí dentro. Mientras muchos madrileños pasaban el mediodía dando una vuelta por el centro de la ciudad o visitando el parque del Retiro, Don estaba dispuesto a encontrar cada uno de los dispositivos de espionaje que habían instalado en su vivienda para controlar sus movimientos. Cada rincón era un buen lugar para escuchar, ver o sentir al arquitecto.

Pasó las cortinas, se acercó al sofá y observó las instantáneas que había encontrado bajo el mueble. Agarró las fotos en las que aparecían los cadáveres de Ferrec y Baumann y puso a un lado la de Marlena. Después se dirigió al fregadero, cogió una caja de cerillas del mueble de la cocina y prendió fuego a las imágenes. Como una cinta de video acelerada, los fotogramas de su último viaje pasaron a toda velocidad por sus ojos mientras las imágenes se doblaban entre llamas hasta reducirse a cenizas. Ambos eran historia y ahora debía centrarse en ese misterioso hombre de pelo canoso y mirada gélida. Ni siquiera sabía cómo se llamaba, pero ese era un asunto que resolvería más tarde.

Miró el reloj y comprobó que eran las once y media de la mañana, una hora perfecta para poner patas arriba el apartamento. Mientras intentaba idear qué hacer con las

horas que tenía por delante, decidió empezar por limpiar su apartamento de una vez por todas.

Desconectó la conexión de red, de teléfono y comprobó las lámparas de las habitaciones. Ni rastro, pero no se iba a dar por vencido tan rápido. Buscó con esmero, en los armarios, en el cuarto de baño y bajo los cojines del sofá hasta que, hastiado, se sentó por un segundo para recuperar el aliento y volvió a comprobar la hora en el reloj que había junto al televisor. Un reloj redondo de sobremesa marcaba las tres de la tarde con sus agujas. Era de color negro, cuadrangular y tenía una esfera dorada en el centro. Un objeto de decoración por el que había pagado más de cuatro mil euros en una subasta y por el cual no tenía el más mínimo aprecio. De pronto, el arquitecto recordó que sólo había dado cuerda una vez al artefacto, el mismo día que se lo llevaron a su casa. De aquello había pasado más de medio año, por lo que, en caso de funcionar, detalle del que dudaba, el reloj debía seguir sin el cambio de horario de invierno. Tomó un ángulo recto y sacó el teléfono móvil de su bolsillo para comprobar la hora.

El teléfono indicaba las tres de la tarde.

Alguien lo había puesto en hora.

Se acercó al aparato y lo observó de cerca. Podía ver su rostro reflejado en el péndulo dorado que colgaba del viejo reloj. En el centro, bajo las agujas, había un pequeño lunar oscuro que se convirtió en una lente a medida que acercaba la vista.

—Malditos hijos de perra... —dijo hacia sus adentros. Un año era demasiado tiempo para haber convivido en el mismo apartamento. Las escuchas y las imágenes habrían sido suficientes para recabar información sobre el arquitecto y seguir sus pasos, saber cuándo entraba y salía para que nunca les cogiera desprevenidos. Probablemente, aquella era la única cámara en todo el salón, pero con una les bastaba. Estaba colocada en un lugar estratégico desde el que podía capturar todo lo que sucedía en la habitación